

para aquel príncipe débil, supersticioso é indolente, cualquier socorro era un acontecimiento feliz: no obstante, disimuló su regocijo bajo un aspecto glacial, y dijo á Juana con acritud:

—Joven, ante todo, habrás de someterte á ser examinada por cuatro prelados, pues los príncipes y valerosos capitanes, que me son adictos, no querrán seguir ni obedecer á una villana como tú, sí, como pretendes, no te asiste algún dón sobrenatural.

—Haré cuanto sea del agrado de V. A., monseñor—respondió la doncella con humildad.—En cuanto á lo que he dicho á V. A., lo he hecho por orden del Rey del cielo, cuya voluntad es que los ingleses se retiren á su país y os dejen pacíficamente en vuestro reino, como su verdadero, único y legítimo heredero que sois.

—¿Y nada más tienes que decirme?

—Una sola cosa, monseñor.

—Habla.

—Aun os tengo que decir que, si ofrecéis á Dios el reino que vais á recobrar, lo conservaréis mucho más grande y floreciente que todos vuestros predecesores.

—¡Basta!—dijo ásperamente el Delfín, que había consentido en que la doncella estuviese hablándole de rodillas.—¡Basta! ¡Levántate y vete!

Y, volviéndose al concurso, añadió:

—¡Para dentro de dos horas, un concilio de cua-

tro prelados y cuatro doctores que examinen si esa villana es efectivamente una enviada del cielo!

Dicho esto, se volvió á su cámara.

Juana iba á salir también del salón, pero se la mandó detener con guardias de vista.

Dos horas después se reunió el concilio en el mismo salón donde se hallaba Juana. La delfina María obtuvo permiso para asistir á él, y después de siete horas de un interrogatorio tan vergonzoso para la pobre Juana como doloroso para la Delfina, aquella fué declarada dotada de una instrucción muy superior á su estado y nacimiento, y sobre todo, iluminada por la inspiración divina.

## IX.

No acabaron aún con el Concilio las dudas de los cortesanos del Delfín ni los padecimientos de Juana.

El Parlamento de Poitiers persuadió al débil Carlos VII de que debía enviarse á la doncella para examinarla á su vez, y el Delfín la mandó partir sin detención alguna para aquella ciudad.

Obedeció Juana y salió de Chinón acompañada de sus dos hermanos que, menos fuertes que ella, montaban en cólera á cada una de esas humillaciones.

Pero la joven los consolaba y, cuando los veía calmados, les rogaba que tuviesen paciencia por su amor.

Reunióse el Parlamento para recibirla, y el Presidente le ordenó con voz grave que se acercase al estrado que ocupaba.

—Joven—le dijo—te hemos llamado conociendo que has conseguido alucinar al Delfín con tu astucia, y te mandamos que des algún valor á tus revelaciones haciendo algún milagro.

—Señor—respondió Juana—yo no soy una santa; soy, por lo contrario, una criatura pecadora, y por lo tanto, no tengo el poder de hacer milagros; disponed que me conduzcan á Orleans y allí daré señales indudables de mi misión.

—Pero niña, ¿ignoráis que Dios puede salvar á la Francia sin emplear el ejército?—dijo el Presidente.

—No, señor—contestó la doncella, alzando al cielo sus aterciopelados ojos;—no, señor. Sé que Dios es todopoderoso y que para nada necesita de los débiles mortales; mas, sin embargo, *las gentes de armas combatirán en mi Dios, y el Señor dará la victoria.*

Al pronunciar Juana estas palabras de la Escritura, un rayo de luz divina brotó de sus ojos y una sonrisa celestial entreabrió sus labios.

El Parlamento se levantó en masa, y, sin dudas ya, el Presidente escribió al Delfín que viniese sin

tardanza á Poitiers para despachar á la pastora, pues era cierto que estaba encargada de una misión divina.

Tal creencia no era extraña en aquellos tiempos supersticiosos y casi bárbaros. Juana misma, y como ella cuantos la rodeaban, tomaban la luz de su fe por revelaciones del cielo, y fué inmenso el entusiasmo que despertó cuando se convencieron de que efectivamente estaba iluminada por Dios.

Llegó el Delfín á toda prisa, acompañado de los caballeros que aun le eran adictos, é inmediatamente mandó que se preparase la comitiva que debía acompañar á Juana.

Cuando todo estuvo dispuesto, el Delfín mismo presentó á la doncella una rica espada:

—Tomad, Juana—le dijo;—¡ojalá que Dios la bendiga para que podáis contribuir con ella á la salvación de la Francia!

—Monseñor—respondió la doncella—acepto la espada que me ofrece el rey de Francia, pero no puedo combatir con ella; para este uso mandadme traer otra que está en un sepulcro situado detrás del altar mayor de Santa Catalina de Fierbois.

Carlos dejó escapar un grito de asombro. Santa Catalina es un pueblecito inmediato á Tours, y nadie mas que él sabía que detrás del altar mayor de la iglesia estaba enterrado un caballero, leal servidor de su padre, y mandado asesinar por el duro y feroz Juan de Borgoña.

El señor de Lore marchó en seguida á traer la espada del difunto messire Enguerrand de Troilles: acompañábale un capellán, y pronto volvieron ambos con el sagrado depósito.

La espada tenía grabadas en la hoja una cruz y tres flores de lis: el puño estaba cuajado de pedería.

Carlos VII ciñó la espada por su mano á la doncella, que partió al instante para Blois, acompañada de los señores de Retz y de Lore, de muchos escuderos y pajes para su servicio, y de algunas tropas disponibles que guarnecían á Poitiers.

Sus hermanos no se separaban de ella.

El castillo real de Blois se abrió para acoger bajo sus muros á la hermosa pastora y á toda su comitiva, y se pregonó á són de trompetas que era la enviada de Carlos VII, y que todos los habitantes de la ciudad debían rendirle auxilio y vasallaje para llevar á cabo su heroica empresa.

No bien se hubo instalado Juana en el castillo, envió un heraldo al rey de Inglaterra con una carta dictada por ella misma y en la cual le intimaba, *en nombre del Rey del cielo*, que levantase el sitio de Orleans y que devolviese al Delfin Carlos las ciudades que había tomado, ofreciéndole la paz bajo estas condiciones.

Pero en vano se esperó al heraldo con la respuesta: el rey de Inglaterra y su tío, el duque de Bedford, se rieron del mensaje, mandaron prender

al mensajero y, cargándole de cadenas, le hicieron sepultar en una prisión.

## X.

Era una fría y nebulosa mañana de otoño.

Juana, vestida con una bata de terciopelo liso, se hallaba en su cámara hablando con su hermano Nicolás, que llevaba su traje de soldado y miraba á la doncella con tristeza.

—Puesto que te empeñas en saber mi secreto, Nicolás—dijo Juana con acento conmovido y melancólico—te lo revelaré; mi corazón se aliviará quizá del peso que le oprime cuando le haya depositado en el tuyo.

—Habla—contestó Nicolás—y cree que para que tu secreto salga de mi corazón, tendrían que abrirme primero.

—¡Pues bien, hermano mío—repuso Juana, bajando la voz y los ojos;—yo amaba al Delfin!

—¡Qué dices!—exclamó con terror el soldado;—¿amar tú al Delfin!... ¿No sabes que es tu soberano, y además que es el esposo de otra?

—Lo sé—contestó Juana;—pero repara en que he dicho que le amaba, y ahora debo añadir que ya no le amo.

—Pero...

—¡Yo vi un retrato de Carlos VII!—prosiguió Juana como hablando consigo misma;—una viajera que cruzó por el bosque un día que estaba yo guardando mis cabras, le dejó caer: ¡mira!

Y Juana, al decir estas palabras, sacó de su pecho un medallón guarnecido de perlas y diamantes.

Representaba al Delfín; pero no al Delfín que había visto Juana, con sus ojos apagados por las orgías, con su ya arrugada frente y con su sonrisa helada y cruel, no: el rico medallón encerraba una figura encantadora: un semblante varonil y expresivo, iluminado por dos grandes y abrigados ojos azules, y por una sonrisa franca y expresiva á la par.

En suma, había retratado al príncipe un pintor que le había visto cuando era hermoso, y le había retratado además para una de sus mancebas.

En nada se parecía aquel delicioso busto, vestido de terciopelo negro, que hacía un delicioso contraste con los gruesos bucles de su hermosa cabellera, al enfermizo, débil y prosaico esposo de la bella, de la dulce y virtuosa María de Anjou.

—¡La viajera era hermosa, muy hermosa!—prosiguió Juana;—montaba un blanco palafren, quizá para gozar de aquel risueño día, y detrás la seguían algunos criados conduciendo una litera; cuando, después de haber pasado la comitiva, vi brillar sobre la hierba este medallón, corrí en vano para al-

canzar á la bella dama y poder devolvérselo; ya no los distinguía más que como unos puntos lejanos que se perdían en el horizonte, y me resolví á guardarle.

—¿Y cómo no nos dijiste nada en casa?—preguntó el soldado severamente;—tú tan ingenua, tan sincera, tan inocente, ¿por qué callaste á nuestros padres ese extraño hallazgo?

—¿Lo sé yo acaso, hermano?—repuso Juana con tristeza.—Dios, que dispone del destino de todas sus criaturas, dispuso que el mío me impeliese á amar á mi soberano; pero su diestra ha sostenido mi razón y me ha hecho conocer quién es el hombre á quien, sin conocerle, había consagrado todos los latidos de mi corazón.

—Durante siete meses—prosiguió Juana—he estado mirando este retrato á todas horas; y cuando oía contar las desgracias de este príncipe, cuando me decían que iba perdiendo palmo á palmo el reino de su padre, que todos le abandonaban, que las ciudades se cerraban á su paso, mi corazón se destrozada y ardía en sed de conquistarle otra vez ese reino que Dios le ha dado, y esa corona que aun no han ceñido sus sienes.

—¡Oh!—exclamó Nicolás, cuyos grandes ojos pardos despidieron una lágrima que hacía algunos minutos temblaba en sus pestañas y que fué á perderse en la rizada espesura de su negra barba.—¡Oh, hermana! Tus éxtasis, tus visiones, que hasta

nuestros viejos padres creían avisos del cielo, no eran más que las culpables exaltaciones de tu amor.

—Quizá tengas razón, Nicolás—repuso la doncella, dejando caer los brazos con un abatimiento tan doloroso, que su hermano olvidó la severidad para dar lugar á la compasión.—Sí—continuó Juana:—en un principio fué sólo el amor lo que exaltó mi fantasía; luégo empecé á odiar á los ingleses, como á usurpadores y enemigos de mi patria; y ahora, que mi amor ha muerto, queda vivo é inextinguible mi deseo de salvar á la Francia.

—¿Me dices la verdad, Juana?—exclamó el soldado, tomando las manos de la joven, que estrechó con fuerza entre las suyas.—¿Ha muerto ya ese funesto amor en tu corazón? ¡Ah! ¡Dime que sí! Porque amar á los reyes es una ofensa mortal que se les hace, á no ser que el hombre á quien llaman rey tenga el corazón más noble y más grande que su corona misma.

—Te digo la verdad, hermano; mi amor no existe ya, ó si existe, es solamente como el recuerdo hermoso de un sueño lejano: guarda ese medallón—continuó la joven;—ya no le necesito: el delfín Carlos ha muerto para mí, y yo no puedo amar al rey Carlos VII.

—Gracias, hermana—dijo el soldado, sin ver dos gruesas lágrimas que se deslizaban por las mejillas de Juana y que ella se apresuró á enjugar.

Hablemos de la guerra—repuso la doncella des-

pués de seguir con ávida mirada los movimientos de su hermano, que guardó el medallón bajo su cota de malla;—hablemos de la guerra, Nicolás, que es lo que más debe interesarnos: ¿cuándo estará pronto ese gran convoy que sale para Orleans y que debe llevar víveres á los pobres sitiados?

—Dentro de dos días—respondió Nicolás.

—Bien está, nosotros le escoltaremos.

—¿Nosotros?

—Sí: ¿no tenemos ya un ejército de diez mil hombres que nos es adicto?

—Es verdad: esas son las fuerzas que se nos han reunido en el corto término de algunos días.

—¡Dios proteja á la Francia! ¿No ves además cómo todos los sacerdotes de la ciudad se han agrupado en torno nuestro? Corre—prosiguió Juana, levantándose y tomando las manos del soldado;—corre, Nicolás; di que para dentro de dos días estén preparados todos esos ministros del Señor; formarán un batallón sagrado; llevarán al frente una bandera que ostente el signo de nuestra redención, y partiremos á Orleans.

## XI.

Eran las diez de la mañana, y un hermoso y radiante sol iluminaba las calles de Orleans, y á sus

habitantes, todos vestidos de fiesta á pesar del hambre y los padecimientos que revelaban sus semblantes.

La gente discurría agitándose por todos los ángulos de la ciudad.

—¡Ah, pícaros ingleses!—decía en una de las más populosas calles un anciano de cabellos blancos, rodeado de un grupo de mercaderes.—¡Ah, malditos! ¡Ahora veréis si no admitís más condiciones que la de rendirnos á discreción!

—¡Cuando pienso—añadió otro—que hemos pasado por la vergüenza de pedirles una capitulación honrosa y que no han querido aceptarla!...

—¡Oh! ¡Pero ahora viene Juana, ese ángel del cielo á quien bien podemos decir que se debe únicamente la salvación de la Francia!

—¿Queréis creer una cosa?—añadió un tercero, cuya espantosa palidez casi asustaba.

—¿Qué?

—Que tengo mucha hambre; que mi mujer y mis hijos la tienen también; pero que más deseo ver á la doncella que al convoy que conduce.

—Y yo.

—Y yo.

—Y yo también.

—¡Callad!—exclamó el anciano.—¿No oís ruido hacia la plaza mayor?

—¡Sí, sí! ¡Y gritos! El pueblo se agita.

—¡Se oyen trompas!

—¡Y relinchos de caballos!

—¡Corramos! ¡La doncella debe estar entrando en la ciudad!

El grupo de mercaderes echó á correr hacia la plaza mayor, adonde le seguiremos nosotros para presenciar la triunfal entrada de Juana.

Cuando los mercaderes llegaron, aun no se veía en la plaza más que el pueblo que corría alborozado, tirando al aire sus sombreros y vitoreando á la *doncella de Orleans*—así llamaban á Juana para darle esta tierna y expresiva muestra de su cariño.

Poco tardaron en distinguirse las banderas del ejército real y al instante empezó á verse la comitiva.

Marchaba delante el batallón sagrado, revestido con sus hábitos negros: uno de los sacerdotes, colocado á la cabeza, llevaba una bandera, en la cual campeaba la imagen de Jesús crucificado.

Los ministros del Señor entonaban un cántico de alabanzas, que el pueblo repetía entre lágrimas y gritos de entusiasmo.

Seguía luego Juana: vestía una rica armadura y agitaba en el aire su blanco oriflama con el glorioso lema: *¡Por Dios! ¡Por la Francia! ¡Por Carlos VII!*

Juana montaba un hermoso caballo blanco; su semblante retrataba el mayor entusiasmo, y sus ojos estaban bañados de lágrimas.

A su lado marchaban sus dos hermanos, escolta

sagrada y natural que nadie había intentado quitarle.

Los dos jóvenes vestían las armaduras de hierro de simples soldados y montaban fuertes caballos de batalla.

Detrás de Juana y de sus hermanos Nicolás y Gaspar, iban el magnánimo conde Dunois y muchos nobles señores y prelados de Francia, que componían la ya numerosa y brillante corte de la doncella: todos montaban soberbios caballos é iban rodeados de una nube de pajes y escuderos.

Seguían luégo los carros del convoy, que eran diez, cargados de pan y víveres para la desgraciada y heroica ciudad, y de armas para su defensa, pues la extraordinaria prudencia de Juana hacía de ella el más aventajado y humano general.

El convoy iba custodiado por gran número de soldados, que llevaban al frente la bandera de Francia con las tres lises de oro, como significando que aquel socorro sólo al Delfin se debía.

Sin embargo, el indolente y cruel hijo de Carlos VI nada sabía de aquello, ni pensaba siquiera en su buena y fiel ciudad de Orleans.

Un ejército de diez mil hombres cerraba la marcha.

—¡Viva Juana! ¡Viva la doncella!—gritó el pueblo con frenesí.

—¡Viva Carlos VII!—gritó la heroína, desenvainando la espada y haciéndola centellear en el aire.

—¡Viva!—contestó el pueblo, que tenía necesidad de aclamar á alguno.

—¿Consentís, señora, en alojaros en mi casa?—preguntó á Juana el tesorero del duque de Orleans, que formaba parte de su comitiva.

—Sí, señor—respondió la doncella, á condición de que vuestra señoría ha de concederme dos cosas.

—Mandad.

—Es la una, que me tratéis con toda llaneza, porque no soy más que una pobre pastora: y la otra, que mis hermanos ocupen una habitación próxima á la mía.

El tesorero se inclinó y dió orden de guiar hacia su casa.

Juana no quiso apear-se sin ir antes á la iglesia para hacer oración.

Cuando volvió á su alojamiento, seguida de su corte, de los jefes del ejército y del pueblo, se volvió hacia el conde de Dunois, que acudió á su mirada:

—¡Ese mensaje, por Dios, señor conde!—exclamó.—¡Envielo mañana vuestra señoría, porque Orleans es ahora la puerta de la Francia, cuyas llaves tenemos!

—Al alba partirá—contestó el conde, inclinándose profundamente.

## XII.

Al día siguiente de la entrada de Juana en Orleans, salió el mensajero de que había hablado al conde de Dunois.

Iba al campo inglés de parte de la doncella y pedía la libertad del heraldo que había enviado poco antes y que habían hecho prisionero.

Además de esta comisión, llevaba una carta del conde de Dunois para el duque de Bedford, en la cual le decía que, en caso de negativa á la anterior demanda, haría morir á los oficiales ingleses que tenía en su poder, y que le habían enviado para tratar con él acerca del canje de prisioneros.

Algunos días después, volvió el mensajero acompañado, en efecto, del heraldo, pero éste era portador de una carta para Juana, que contenía las más groseras injurias.

La generosa doncella guardó esta carta sin dar parte á nadie de su contenido; pero sus hermanos, al verla afligida, la instaron tanto, que le arrancaron el secreto y aun la carta, que llevaron al instante á Dunois.

Indignado éste, resolvió atacar á los ingleses al siguiente día; Juana, siempre dulce y benigna, su-  
bió á una eminencia y envió una carta al duque

de Bedford en la punta de una flecha, cuya carta empezaba con estas palabras:

—«Yo os remitiría mis cartas con más cortesía á no ser por el temor de que detuvieseis y maltrataseis á mis heraldos.»

La contestación á esta carta fué tal cúmulo de injurias y amenazas, que Juana bajó anegada en lágrimas y ya no se opuso al ataque, que estaba organizándose con la mayor actividad y que tuvo lugar á la mañana siguiente.

Juana combatió en él como el más valeroso de los soldados, é igualmente en los tres que se siguieron en los cuatro primeros días del mes de Mayo y que hicieron dueña á la Francia de tres fuertes de los ingleses.

Únicamente quedaba entonces por aquel lado un fuerte y un baluarte en poder del enemigo.

Sin embargo, numerosos soldados defendían un puente de mucha importancia, porque aquel fuerte, llamado de las Torrecillas, estaba á la entrada de él.

Juana pasó la noche del 5 de Mayo al frente de sus tropas, y al amanecer hizo arrimar las escalas para el asalto.

Siete horas duraba el ataque tan encarnizado por una parte como por otra

De súbito se oyó un grito penetrante: la heroína acababa de caer herida en la garganta por una flecha.



A pesar de todo su valor, era mujer y no pudo dominar la primera impresión del sufrimiento físico.

Juana fué conducida por sus hermanos á su tienda y empezó la cura.

Casi todos los jefes de su partido rodeaban su lecho de campaña; tanto era el interés que su vida inspiraba.

—¿Es peligrosa la herida? preguntó el conde de Dunois á uno de los médicos que se ocupaban en curar á Juana.

—Mucho, señor conde—contestó el interpelado—es casi mortal; la flecha ha penetrado profundamente, y hasta que no se extraiga no podemos dar ninguna esperanza.

En aquel momento otro grito agudo y doloroso se escapó de la boca de Juana que, lívida y con los ojos cerrados, parecía próxima á dar el último suspiro.

Pero á este grito desgarrador siguió otro de inmenso júbilo lanzado por veinte bocas á la vez.

El médico que operaba tenía en la mano la flecha, extraída ya de la gargargante de la joven.

El médico vendó la herida; pero aun no había acabado de asegurar las ligaduras, cuando se oyó en el campo y casi á la puerta de la tienda un gran estruendo y muchas voces que gritaban con enojo.

—¡Cobardes!—exclamó una más fuerte que las otras y que todos reconocieron por la de uno

de los capitanes.—¡Cobardes! ¡Se retiran!... ¡Huyen!... ¡El que pase junto á mí le atravieso con mi espada!... ¡Infames!... ¡Así miráis por el honor de la Francia!

—¿Qué es eso?...—murmuró Juana sentándose despavorida en el lecho—¡qué oigo!... ¿Que huyen?... ¿Que se retiran?... ¡Dejadme salir!...

Al pronunciar estas palabras, saltó del lecho al suelo y ajustó las hebillas de su coraza, que aun no se había quitado.

—Hermana, es imposible que salgas así,—dijo Nicolás con autoridad—estás muy débil... tu herida es muy grave...

—¡Calla y sígueme...! exclamó Juana, en cuyos negros y rasgados ojos ardía el entusiasmo.

Y tomando de un rincón de la tienda su blanco estandarte, añadió:

—¡Al combate, señores! ¡La Francia nos llama! Lanzándose, dicho esto, fuera de la tienda, y todos la siguieron con las espadas desnudas.

Juana montó á caballo y llegó á galope al pie del fuerte.

Silbaban en sus oídos las balas y las flechas; cien espadas se asestaban contra su pecho, pero la suya le abría paso y, cuando no bastaba, las de los caballeros que la seguían venían en su ayuda.

Llegó por fin al pie de las Torrecillas y clavó allí su estandarte con mano segura.

Un inmenso clamoreo de júbilo contestó á este